

Caballero de Santiago

La batalla estaba siendo cruenta, pero en la torre el nigromante sabía que estaba perdido, la mayor parte de sus huestes no-muertas habían sido exterminadas. Sus enemigos no tardarían en irrumpir en el recinto y las defensas y las trampas no serían suficientes para contenerlos. No tenía escapatoria, sus largos siglos de vida iban a concluir. Reflexionando se daba cuenta de que la costa de Kemri no era el sitio adecuado para un nigromante, las gentes llevaban mucho tiempo combatiendo contra los muertos vivientes, sin embargo la codicia le pudo, la esperanza de encontrar uno de los libros de Nagash, o al mismo Nagash en persona si los rumores eran ciertos, y ahora le iba a costar la vida. Ya casi no quedaba tiempo, los soldados con sus espadas curvas y sus vestiduras del desierto habían formado una compacta medialuna que avanzaba implacable hacia la entrada.

El nigromante sujetó la daga de plata que le ahorraría mucho dolor y la acercó a su pecho, mientras contemplaba la escena por el ventanal.

De pronto su mano se detuvo y la propia batalla se paralizó cuando una ardiente masa atravesó el cielo sin nubes y fue a estrellarse con gran estruendo a poca distancia de la lucha, entre las dunas. El objeto estaba en convertido en un amasijo de hierros deformados, pero conservaba todavía una forma de elipse estilizada y una serie de círculos de cristal que desprendían un luz intensa visible incluso de día. La batalla estaba completamente detenida, los últimos no-muertos se arrastraban al portón mientras los guerreros kemrianos miraban temerosos al nigromante en la cima de la torre, con la certeza de que lo que ocurría era producto de un poderoso hechizo. Por su parte el nigromante miraba la escena más atónito si cabe. El artefacto seguía igual, pero poco a poco crecía en su interior un ruido sordo y continuo, cada vez más fuerte, hasta que sin previo aviso una lámina de hierro se desprendió de la estructura, dejando escapar una humareda y el sonido de una tos. Al momento un perfil se insinuó entre el humo y una figura salió del extraño artefacto. Parecía un hombre, vestido con una imponente armadura, blasonada por dos bandas doradas, una vertical larga y una horizontal más corta que se cortaban formando una cruz, portaba un impresionante espadón oxidado y un gran escudo adornado con un león y un castillo, aunque el detalle que más llamaba la atención era su cabeza, que tenía forma de caballo y parecía haber sido colocado en su cuello como parte de un macabro experimento. El ser contempló la escena con una mirada de furia y habló hacia el cielo en un dialecto incomprensible y a grandes gritos, que sólo el nigromante portador del anillo de Kassim el políglota pudo comprender.

- ¡Oh Dios mío! ¿Qué nueva prueba es ésta? Después de los demonios verdes, ¿a que deberé enfrentarme?, mis ojos recuperan poco a poco su visión, y de ser cierto lo que veo a fe mía que defenderé mi credo hasta la muerte, pues estos hombres de curvas espadas y negras barbas no son otra cosa que impíos moros, y aunque ellos sean muchos y yo uno solo no permitiré que ninguno viva para poder poner el pie en la vieja Castilla.

Dicho esto se lanzó a la carrera hacia los kemrianos dando aterradores alaridos y con la espada en posición de ataque.

- ¡Por Dios, por el rey, por la Santa Iglesia y por Santiago Matamoros, morid malditos sarracenos!

Los kemrianos estaban tan sorprendidos que la carga les sorprendió sin defensa alguna y sólo tras sufrir graves bajas comenzó su reacción. Él ser fue atravesado múltiples veces, pero poseía un ardor fanático que lo mantuvo luchando interminables minutos, sin embargo la pérdida de sangre comenzaba a hacerlo flaquear, cuando dirigió su última plegaria o lo que fuera con los ojos puestos en el cielo.

- Os he fallado Señor, ahora solo temo que estos impíos profanen mi cuerpo para que no pueda ver la luz de rostro, te suplico que los destruyas como hiciste con Sodoma y Gomorra.

Ya caía de rodillas atravesado cuando sus súplicas fueron escuchados, quizás por su dios quizás por un demonio, pero en cualquier caso el cielo fue surcado por segunda vez por una enorme bola de fuego, que fue caer encima de aquel extraño caballero, reduciéndolo a cenizas junto con sus enemigos.

Era ya de noche cuando el nigromante comenzó con el ritual, milagrosamente su torre había permanecido en pie, pero lo que aun era más sorprendente era que mientras que de los kemrianos no quedaban más que las cenizas, el cuerpo sin vida del caballero conservaba intactos su esqueleto, que no tardó en brillar con una mortecina luz verde ante las palabras del nigromante, a medianoche el caballero volvía a estar en pie y sus cuencas vacías miraban desafiantes a la oscuridad.

- Bienvenido Caballero de Santiago

Puntos: 105*

	M	HA	HP	F	R	H	I	A	L
Caballero de Santiago	15	6	0	6	4	2	0	6	0

Equipo

Arma a dos manos

Armadura pesada

Escudo

Reglas especiales

Armas funerarias

Ataques envenenados

Carga arrolladora

Inmolación (Una vez por batalla el caballero de Santiago puede pedir ayuda al apóstol, que hará caer un cometa de Casandora sobre él.)

No puede ser general del ejército.

Odio recíproco (Todos los seres lo odian, el odia a todos los seres)

*Reglas "Inmolación" y "Odio recíproco" no computadas.